Así, el esperar ha desaparecido en estos *Pensamientos del amante*, porque «ha sido vencida por el tiempo la esperanza» (p. 46), «La desierta esperanza sin sustento» (p. 50). Cantos de amor y desesperanza éstos donde «Es más hondo el amor que nadie nombra» (p. 45), «Pero al desvanecerse de nuevo tus huellas / Como al final el cuerpo será noche» (p. 51).

No se pretende debido a la limitación espacial de esta reseña enumerar una a una las ideas y sentimientos (adentro de luces y golpes) que nos abrasan en esta admirable poesía, es sólo éste un acortar el paso hacia el encuentro de ese espíritu superior que alienta en Fernando Charry Lara, y bástenos sólo citar de nuevo sus versos que al hablarnos del poeta Rivera nos dan a fuerza de comprensión del otro su propio autorretrato:

*Acaso al final vino a saber que su destino
No era el de aquel abogado vagante por la ciudad
.....
Sino el de hombre soleado que sólo al juntar palabras
Poblaba de sueño y de seres sus días* (p. 55).

ARMANDO ROMERO

University of Pittsburgh.

J. G. COBO BORDA, *Salón de té*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979.

J. G. COBO BORDA, *Roncando al sol como una foca en las Galápagos*. Bogotá: Ediciones Gaceta, Colcultura, 1982.

La manera un tanto desenvuelta, libre de impedimentos formales o académicos, que se ha venido manifestando en la poesía, el ensayo y, en general, en la actividad intelectual de J. G. Cobo Borda, responde a una bien entendida necesidad de cambiar el aire a esa habitación un tanto húmeda, enrarecida por las alturas, en que se había metido cierta poesía colombiana, especialmente en el centro del país. Este tono jovial, fresco, aunque profundo, le llega a Cobo tal vez por su predilección por los ambientes más tropicales y su rechazo a una tradición capitalina asfixiante; el desparpajo poético que le viene de la obra de García Márquez, la lucidez enfermiza de los trópicos que brota en la poesía de Alvaro Mutis, el tocar cerca el objeto de una realidad cotidiana que estaba en Luis Carlos López, etc., van a impactar favorablemente esta poesía acuñada a fuerza de sentimientos directos, dichos ya sea al paso de cierta rabia, desdén o admiración, así como impregnados de una definitiva dirección hacia la relación que a partir de lo sensual se establece con el otro.

Salón de té, el segundo libro de poemas de Cobo Borda (Bogotá, 1948), es básicamente una antología que recopila poemas escritos entre 1969 y 1979, es decir, que recorre diez años de trajinar poético a la busca de una expresión que lo individualice a la vez que lo interne en su propia realidad. La mayoría de estos poemas vienen de su primer libro *Consejos para sobrevivir* (1974). En esa ocasión anotábamos en una reseña (Caracas: Revista Nacional de Cultura, septiembre-octubre, 1974, pág. 160) que Cobo Borda no es el poeta desbocado que se lanza a rienda suelta en el tropel de los versos, y que a diferencia de la poesía influida por el borboteo de imágenes de ciertas vanguardias, su poesía lleva el control de la

argumentación decisiva, del aforismo paradojal y verídico. Trata de comprobarse a sí misma en la exactitud de sus asertos y, a pesar de ser una poesía sostenida por la razón, el sentimiento siempre está palpitante.

Ahora, pasados algunos años, y vueltos a la relectura de estos poemas, lo anterior se reafirma aunque nos permite nuevas reflexiones; porque hay algo allí que ha cambiado conservando su ser mismo, es decir, algo se ha pulido extrañamente, tal vez debido a esa facultad mágica de la poesía de abrirse al tiempo en nuevas lecturas, nuevos descubrimientos, pero también debido a que el tono que antes saltaba con cierta agresión controlada ahora se hace mucho más lírico, el poeta se ha vuelto más sobre sí mismo destacando una línea de visión de lo personal matizada por poemas donde el amor viene a nosotros con su fluctuar anecdótico, volviéndose por tanto hacia lo autobiográfico, si se quiere.

En segundo lugar Cobo va a destacar esa poesía que se mueve en relación al mundo propio de la poesía, enmarcando en varios poemas su visión de otros poetas (que es reflexiva, por supuesto), y volviéndose sobre el oficio de la poesía y su ser en sí, cuestionándola o abriéndole los poros para que dé sus jugos de comprensión en el poema mismo: gran salto de la inteligencia y de la sensibilidad que le permite instaurar las bases de una poética desacralizante (un poco a la manera de Octavio Paz) y oficiante a la vez. Ha quedado atrás, relegada a unos cuantos poemas (que podrían resolverse también en lo personal), su actitud crítica a la realidad colombiana, la de ahora y la de siempre, ese vituperar y golpear a la Colombia de las reinas de belleza, los intelectuales casposos, los militares que hacen de la historia un juego de botas, los políticos atrincherados en el espanto de su propia retórica, la miseria que aúlla por las calles con horror de boca expresionista.

Pero no es que Cobo haya hecho las paces con el acontecer colombiano, por lo contrario, lo sigue fustigando con igual ironía y sarcasmo, con igual fuerza esclarecedora; lo vemos en el poema que abre el libro «Colombia es una tierra de leones», donde nos dice que Colombia es un «País mal hecho / cuya única tradición / son los errores» (p. 1). No, lo que ha sucedido, a nuestro entender, es que al paso de los años esta rabia se ha ido sintetizando, se ha vuelto más amarga y directa, reduciéndose en humor de situaciones y anécdotas, aunque ganando en precisión, y ¿por qué no? en poesía. Cobo comprendió que algo de adentro de lo poético lo abandonaba en aquellos intentos de disección que enmarcaban su poesía de los comienzos, y que si sus armas estaban afiladas para el ingenio le era indispensable buscarse a partir de la lucidez de su inteligencia, allí donde ella va a alentar verdades de fuego en el poema.

Y esta sigue siendo en nuestra opinión la paradoja inherente a la poesía de Cobo, esa capacidad de darse bien el poema en poesía dentro del poema, revisándose, sintiéndose, anunciándose como oficio y creación: «Cómo escribir ahora poesía, / por qué no callarnos definitivamente / y dedicarnos a cosas mucho más útiles?» (p. 15). Es la pregunta del poeta adherida a la respuesta del hombre de la calle, del banquero y su escritorio. Lacerante simplicidad que anuncia una pérdida de fe en lo revelador de la poesía, en eso que Blake veía como iluminador, pero que al abrir la poesía hacia lo inútil la hace perversa, la justifica en la piel de palabras del poema. Muerta la trascendencia queda la permanencia, parece decir el poeta encerrado en el vacío que no llenará barrocamente con palabras.

En *Roncando al sol como una foca en las Galápagos* notamos que estas tendencias a la simplicidad, al despojamiento, como hacia un tono más lírico (de bolero), se van haciendo predominantes. Con imágenes sencillas, de corte popular, insiste en el plano erótico combinando la tersura de una piel y la dulce tristeza

de un hotel de paso con sus porteros y sus ruidos irreales. Sin embargo, la crítica interna al acto del poema vuelve a destacarse más que el poema mismo: «Es tan deleznable toda poesía amorosa, / tan llena de ripios, / que no puedo dejar de escribirla» (p. 16).

Por tanto, el lugar común adquiere validez propia, se afirma, pero no va más allá, a otros niveles de comprensión, como en la poesía desprendida del surrealismo o de las vanguardias (caso Nicanor Parra) sino que es lo que es, se hace ciudadano del poema: «Yo enhebro una sarta de lugares comunes» (p. 21), afirma el poeta. Todos los elementos de la poesía de Cobo vuelven a aparecer en este libro y notamos que ya conforman la médula de su poética: recuerdos, ciudad triste y vida gris, ausencias, presencias, y el homenaje siempre abierto a los consumidos en la pasión por las palabras.

Observamos, por último, que la poesía de Cobo es un intento constante de despertar, de conmover el cuerpo estático por la razón, de sacar el poema a la luz directa del sol. Su necesidad de expandir los sentidos es imperiosa y dominante; sin embargo, en esta poesía donde la piel es una constante interna y externa no hay todavía un eros desgarrante, a pesar de los intentos del poeta, no hay una mística de la pasión porque no hay entrega; el poeta no se deja ser un mal poeta, aquél que no conocía el juego del verso, como quería Apollinaire.

Bella y abominable, esta lucha por el poema, por la miel ácida de la poesía, ha movido a los poetas desde siempre: seres en contradicción que afirman la unidad múltiple de ser.

ARMANDO ROMERO

University of Pittsburgh.

JOTAMARIO, *Mi reino por este mundo*. Premio Nacional de Poesía 1980. Bogotá: La oveja negra, Golpe de dados, 1980.

Cuando el movimiento nadaísta surge en Colombia en el año 1958, poco era lo que en este país podía considerarse como vanguardia literaria. Los esfuerzos de Luis Vidales en 1926 con la publicación de su libro *Suenan timbres*, los toques y retoques sonoros de León de Greiff a lo largo de su obra, y la voz de los poetas de los grupos «Cuadernícolas» y «Mito», no fueron suficientes para aplacar los deseos de destrucción/construcción que comenzaban a aparecer entre los escritores y poetas colombianos. Deseos e impulsos que no eran muy diferentes a aquellos que habían alimentado a las vanguardias europeas y latinoamericanas.

El Nadaísmo es, pues, el primer grito vanguardista colombiano que tiene cuerpo de grupo y aliento de generación. Sin embargo, llega después del florecimiento de las vanguardias, con su doble cara de novedad y de vejez, de allí su actualidad (va a influir en muchos grupos de vanguardia en la década del sesenta en Argentina, Ecuador, México, Venezuela) y su destemporaneidad (será considerado por mucho tiempo como un remedo grotesco y provinciano de las vanguardias europeas por la inteligencia colombiana).

Jotamario (1940) es uno de los primeros poetas en adherirse al movimiento nadaísta. Proveniente de los barrios obreros de Cali, mezcla de proletariado y clase media baja, este poeta traerá toda la rabia y frustración que la violencia política de 1940 a 1960 había dejado en su generación, y que no se podía traducir más que en un profundo escepticismo frente a los valores de la sociedad colom-